





HEYDRICH

A



ROBERT GERWARTH

HEYDRICH

EL VERDUGO DE HITLER



(A) *Editorial El Ateneo*

la esfera de los libros

Gerwarth, Robert

Heydrich. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo; La Esfera de los Libros, 2014.

544 p. ; 24x16 cm.

Traducido por: Javier Alonso

ISBN 978-950-02-0817-8

1. Historia de la Segunda Guerra Mundial. I. Alonso, Javier, trad. II. Título
CDD 940.531

Heydrich

Título orginal: *Hitler's Hangman. The life of Heydrich*, publicado con licencia de Yale University Press

© Robert Gerwarth, 2011

© De la traducción: Javier Alonso, 2013

© La Esfera de los Libros, S. L., 2013

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1^a edición en España: abril de 2013

1^a edición en la Argentina: septiembre de 2014

ISBN 978-950-02-0817-8

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires
en septiembre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	11
<i>Introducción</i>	15
I. Muerte en Praga	27
II. El joven Reinhard	47
III. Convirtiéndose en Heydrich	99
IV. La lucha contra los enemigos del Reich	149
V. Ensayos para la guerra	197
VI. Experimentos de asesinatos en masa	233
VII. En guerra con el mundo	281
VIII. Protector del Reich	347
IX. Legados de destrucción	435
<i>Notas</i>	459



Para Porscha.





PREFACIO

¿Cómo se escribe la biografía de Reinhard Heydrich, uno de los actores clave en el genocidio más criminal de la historia, una figura histórica a la que el Premio Nobel Thomas Mann bautizó como el «verdugo de Hitler»? Esta es la pregunta que me he hecho a mí mismo desde el primer momento en que decidí embarcarme en el proyecto de este libro. Siempre tuve claro que escribir la biografía de un nazi supondría una serie de retos específicos, que irían desde la necesidad de dominar la vasta y creciente bibliografía sobre la dictadura de Hitler hasta el peculiar problema de tener que penetrar en la mente de una persona cuya mentalidad y universo ideológico parecen repugnantes y extrañamente distantes, a pesar de que la dictadura nazi llegó a su fin hace menos de setenta años. Pero el mayor reto se encontraba en otro lugar: en el hecho de que cualquier tipo de obra biográfica requiere un cierto grado de empatía con el sujeto del libro, incluso cuando ese sujeto es Reinhard Heydrich.

A menudo, los biógrafos utilizan las imágenes opuestas de la autopsia y el retrato para describir su trabajo: mientras la autopsia ofrece un examen objetivo, forense, de una vida, el retrato depende de la empatía del biógrafo con su sujeto. He escogido combinar ambos enfoques en una tercera vía que se puede describir mejor como «empatía fría»: un intento de reconstruir la vida de Heydrich con una distancia crítica, pero sin la

historia a posteriori ni sucumbir al peligro de confundir la función de los historiadores con la del fiscal del estado en un juicio contra un criminal de guerra. Puesto que los historiadores deben concentrarse principalmente en la tarea de explicar y contextualizar, y no en condenar, he intentado evitar el tono sensacionalista y crítico que caracteriza a los relatos más antiguos sobre la vida de Heydrich. Las acciones, el lenguaje y el comportamiento de Heydrich hablan por sí mismos y, siempre que ha sido posible, he intentado reservar un espacio para su propia y característica voz, así como a las expresiones que él mismo escogió.

Sin embargo, en el caso de Heydrich son escasos los registros personales. He buscado en importantes archivos de Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia, Israel y la República Checa y esta búsqueda ha revelado muchas más fuentes acerca de la vida de Heydrich de las que solían asumirse hasta ahora. No obstante, a diferencia de Joseph Goebbels o del joven Heinrich Himmler, Heydrich no guardó un diario personal, y solo algunos fragmentos de su correspondencia privada sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial. Pese a todo, existe un notable corpus de documentos, discursos y cartas oficiales que nos permite reconstruir con gran detalle sus rutinas diarias y sus procesos de toma de decisiones.

Al identificar el material de las fuentes tan dispersas en las que está basado este libro, he tenido que depender con frecuencia del valioso consejo de archivistas y bibliotecarios. Me siento muy agradecido por la experta ayuda del personal de muchos archivos y bibliotecas de todo el mundo que me ha permitido acceder a sus amplias pertenencias y me ha proporcionado material inédito. Incluyo aquí al Institut für Zeitgeschichte de Múnich, los Archivos Federales Alemanes y sus diversas sucursales en Berlín, Coblenza, Friburgo y Ludwigsburg; a los Archivos Nacionales británico y checo en Kew y Praga; los archivos del Yad Vashem en Jerusalén y del Holocaust Memorial Museum en Washington DC, así como el Instituto Histórico Alemán en Moscú, que me facilitó enormemente el acceso a los archivos de la Oficina Principal de la Seguridad del Reich que se encuentran en el Archivo Osoboyi.

Este libro tuvo su origen en Oxford, y he contraído una profunda deuda con muchos amigos y antiguos colegas de aquel lugar. Martin Conway y Nicholas Stargardt me aconsejaron en diferentes fases de este proyecto y me proporcionaron unas críticas siempre bien recibidas sobre los primeros borradores de este libro. Roy Foster me enseñó muchas cosas sobre cómo escribir una biografía, me ofreció brillantes comentarios sobre los manuscritos, y ha seguido siendo un amigo y una fuente de inspiración más allá de mi estancia en Oxford. Desde que abandoné Oxford en 2007, he sido miembro del University College de Dublín, que me ha concedido una enorme libertad para investigar y escribir. Entre mis colegas en el UCD, William Mulligan, Stephan Malinowski y Harry White han sido unos valiosos lectores críticos y fuente de ánimos. Aparte de mis colegas en el Centro para Estudios de la Guerra en el UCD, debo dar las gracias también a John Horne, del Trinity College de Dublín, por los tres años de feliz colaboración investigadora y por ser una inspiración constante en su dedicación a los estudios históricos.

Fuera de Oxford y Dublín, Nikolaus Wachsmann, Chad Bryant, Mark Cornwall y Jochen Boehler accedieron generosamente a leer borradores de mi obra, como también hicieron dos lectores anónimos que fueron más allá de la llamada del deber al hacer comentarios sobre mis ideas originales. Sus sugerencias han mejorado enormemente el manuscrito final, por lo que les estoy enormemente agradecido. En Praga, tuve la fortuna de trabajar con Miloš Hořejš, cuya capacidad para traducir secciones clave de importantes fuentes y obras checas me ha permitido incorporar los importantes trabajos sobre la ocupación nazi de Bohemia y Moravia que se han publicado en las últimas dos décadas. En Berlín, tuve el placer de trabajar con Jan Bockelmann, cuya diligencia para compilar enormes cantidades de fuentes y obras alemanas ha ayudado en gran medida a que este estudio estuviera terminado dentro del plazo fijado. Heather McCallum encargó este libro hace aproximadamente seis años, y tanto ella como sus colegas de la Yale University Press acompañaron el

proceso de producción con gran entusiasmo, competencia y paciencia. Resulta difícil imaginar a un editor mejor.

Mi agradecimiento final, como siempre, va para mi familia. Durante mis habituales viajes archivísticos a Berlín, mis padres, Michael y Evelyn Gerwarth, me ofrecieron su constante apoyo, amor y ánimo, algo que no podré agradecer suficientemente. Por último, es enorme la deuda que he contraído con mi esposa, Porscha. Ha leído el manuscrito desde el principio hasta el final, y ha tenido que vivir los últimos cinco años con mis ausencias periódicas y distracciones constantes. Dedicarle este libro es un intento necesariamente inadecuado para reconocer la profundidad de mi amor y gratitud.



INTRODUCCIÓN

R einhard Heydrich es sobradamente conocido como uno de los malvados simbólicos del siglo xx, una figura aterradora incluso dentro del contexto de la élite nazi. Innumerables documentales de televisión, estimulados por la fascinación por el mal, han ofrecido opiniones populares sobre su intrigante vida, y no faltan tampoco relatos sensacionalistas sobre su asesinato en 1942 y la ola de violencia vengativa nazi sin precedentes que culminó con la destrucción de la localidad bohemia de Lidice. Quizás la operación de servicios secretos más espectacular de toda la Segunda Guerra Mundial, la historia de la Operación Antropoid y sus violentas secuelas, ha alimentado la imaginación popular desde 1942, proporcionado el telón de fondo para el *Lidice* de Heinrich Mann (1942), *Los verdugos también mueren*, de Bertold Brecht (1943) y la novela recientemente ganadora del Premio Goncourt *HHhH*, de Laurent Binet (2010).¹

La continua fascinación popular por Heydrich puede explicarse fácilmente. Aunque apenas tenía treinta y ocho años en el momento de su muerte violenta en Praga en junio de 1942, había acumulado tres posiciones clave dentro del imperio de Hitler que se expandía con rapidez. Como jefe del vasto aparato de la policía política y criminal nazi, que se fusionó con el poderoso servicio de inteligencia de las SS —el SD— en

la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) en 1939, Heydrich comandaba un importante ejército en la sombra de oficiales de la Gestapo y el SD que fue el responsable directo del terror nazi en Alemania y los territorios ocupados. Como tal, estaba también a cargo de los infames grupos móviles de operaciones de las SS, las *Einsatzgruppen*, durante las campañas contra Austria, Checoslovaquia, Polonia y la Unión Soviética. En segundo lugar, en septiembre de 1941, Hitler nombró a Heydrich Protector del Reich de Bohemia y Moravia, una posición que lo convirtió en el indiscutible gobernante de las antiguas tierras checas. Los ocho meses de su gobierno en Praga y las consecuencias de su asesinato aún se recuerdan como la época más oscura de la historia checa moderna. En tercer lugar, Hermann Göring, el segundo hombre más poderoso de la Alemania nazi, dio instrucciones a Heydrich para que encontrase y pusiese en marcha una «solución total de la cuestión judía» en Europa, una solución que culminó en el verano de 1942 con el asesinato indiscriminado y sistemático de los judíos de Europa. Con estos tres cargos, Reinhard Heydrich representó indudablemente un papel central en el complejo sistema de poder del Tercer Reich.

Sin embargo, a pesar de su gran cuota de responsabilidad en algunas de las peores atrocidades cometidas en nombre de la Alemania nazi y del continuo interés por parte tanto de historiadores como del público en general respecto a la dictadura de Hitler, Heydrich sigue siendo una figura notablemente ignorada y singularmente nebulosa dentro de la amplia literatura dedicada al Tercer Reich. Aunque se han publicado unos cuarenta mil libros sobre la historia de la Alemania nazi, incluidos varios estudios importantes acerca de otros oficiales de alto rango de las SS como Heinrich Himmler, Ernst Kaltenbrunner, Adolf Eichmann y Werner Best, no hay una biografía erudita seria que abarque toda la vida de esta figura clave dentro del aparato de terror nazi.² La única excepción a este extraordinario olvido es la tesis doctoral pionera de Shlomo Aronson (1967) sobre el papel de Heydrich en la historia inicial de la Gestapo y el SD, que por desgracia termina en 1936 cuando las SS to-

maron todo el control de la policía alemana. Escrita en alemán y nunca traducida al inglés, la investigación de Aronson ha dejado una mina de material acerca de los primeros años de vida de Heydrich que ningún historiador posterior de este campo puede ignorar, pero su estudio no es una biografía y nunca pretendió serlo.³

Varios periodistas han intentado llenar el vacío dejado por los historiadores profesionales. Aunque no carece de mérito, sobre todo en la recopilación de testimonios posteriores a la guerra de los antiguos colaboradores de Heydrich en las SS y de amigos de la infancia, estas primeras biografías de Heydrich reflejan una visión ya obsoleta de los líderes nazis, bien como criminales depravados, o bien como asesinos de escritorio perversamente racionales —una interpretación que se construyó sobre testimonios de víctimas de los nazis después de la guerra y de antiguos miembros de las SS a partes iguales—.⁴ El alto comisionado de la Sociedad de Naciones para Danzig en 1937, el suizo Carl Jacob Burckhardt, que había conocido a Heydrich en el verano de 1935 durante un viaje de inspección a los campos de concentración nazis ofreció en sus memorias su famosa descripción de Heydrich como el «joven y malvado dios de la muerte» del Tercer Reich.⁵ Los recuerdos de posguerra de antiguos subordinados de las SS eran también poco favorecedores. El que fue su lugarteniente durante muchos años, el Dr. Werner Best, retrataba a Heydrich como la «personalidad más demoníaca de los mandos nazis», impulsada por una «inhumanidad que no tenía en absoluto en cuenta a aquellos que liquidaba».⁶ Walter Schellenberg, ayudante personal de Himmler y el más joven de los jefes de departamento en la Oficina Central de Seguridad del Reich, recordaba a su antiguo jefe como un hombre furiosamente ambicioso, con una «percepción increíblemente aguda de la debilidad moral, humana, profesional y política de los demás». «Su inusual intelecto», continuaba Schellenberg, «se veía igualado por los instintos siempre vigilantes de un depredador», que «en medio de una manada de feroces lobos, debe siempre demostrarse a sí mismo que es el más fuerte».⁷

Debemos tomar con precaución estos testimonios de posguerra de antiguos oficiales de las SS. Con Heydrich, Himmler y Hitler muertos y el Tercer Reich en ruinas, Best, Wolf, Schellenberg y otros altos oficiales de las SS capturados por los aliados estaban dispuestos a blanquear su propia responsabilidad y «demostrar» que se habían limitado a obedecer las órdenes de unos superiores que eran demasiado poderosos y temibles como para ser desobedecidos. Sin embargo, su caracterización de Heydrich prendió en la imaginación popular, alimentada por libros como la biografía que escribió Charles Wighton en 1962, *Heydrich: el secuaz más malvado de Hitler*. Wighton perpetuó un poderoso mito al explicar el celo asesino de Heydrich: el mito de su presunto pasado familiar judío que se originó siendo Heydrich un adolescente y que, pese a los mejores esfuerzos de su familia por desmentirlo, continuó saliendo una y otra vez a la superficie tanto durante como después del Tercer Reich. Después de 1945, cultivaron este mito antiguos oficiales de las SS como Wilhelm Höttl, quien, en su libro autobiográfico *El Frente Secreto* (1950), sostenía que Heydrich ordenó a sus agentes quitar la lápida de la tumba de su «abuela judía».⁸ Otros se subieron a aquel carro potencialmente lucrativo en el que se presentaba al jefe organizador del Holocausto como un judío. Probablemente para impulsar las ventas de su libro con sensacionales revelaciones acerca de los mandos de las SS, Felix Kersten, el masajista finlandés de Himmler, sostenía en sus muy poco fiables recuerdos que tanto Himmler como Hitler habían tenido conocimiento del «oscuro secreto» de Heydrich desde comienzos de la década de 1930, pero que decidieron emplear a aquel «hombre de enorme talento, pero también muy peligroso» para los trabajos más sucios del régimen.⁹

Wighton no fue el único que se dejó engañar por el mito de los orígenes judíos de Heydrich. En su prefacio a las memorias de Kersten, Hugh Trevor-Roper confirmaba «con toda la autoridad que poseo» que Heydrich era judío —una opinión apoyada también por eminentes historiadores alemanes como Karl Dietrich Bracher y el biógrafo de Hitler, Joachim Fest—.¹⁰ El breve esbozo del carácter de Heydrich que hace

Fest —especialmente brillante en el estilo, pero poco convincente en el contenido— añadió leña al fuego del debate popular sobre la presunta doble personalidad de Heydrich. Fest reiteró los rumores sobre el pasado familiar judío de Heydrich y atribuyó sus acciones a un antisemitismo lleno de odio hacia sí mismo. Como un maníaco esquizofrénico impulsado por el odio hacia sí mismo, Heydrich quería demostrar su valía y se convirtió en un «hombre como un latigazo», recorriendo el aparato de terror nazi con una «frialdad diabólica» para lograr su objetivo final de convertirse en el «sucesor de Hitler». ¹¹

La caracterización que Fest hace de Heydrich fue puesta en entredicho por la aparición de una segunda imagen influyente de altos oficiales de las SS que puede observarse en la icónica fotografía de Adolf Eichmann dentro de su cabina de cristal en el Tribunal de Distrito de Jerusalén. El famoso relato del juicio que escribió Hannah Arendt y su aforismo acerca de la «banalidad del mal» moldearon durante las décadas siguientes la percepción que tenía el público de los hombres de las SS.¹² Durante muchos años, el burocrático «tecnócrata de la muerte» —el culpable perversamente racional que se ocultaba detrás de un escritorio— se convirtió en la imagen dominante de los criminales nazis. Estos criminales se centraban en sus obligaciones, aceptaban las tareas administrativas que les asignaban y las llevaban a cabo «correcta y conscientemente» sin sentirse responsables de sus consecuencias.¹³ El asesinato en masa de los judíos no se consideraba tanto un retroceso a la barbarie como el céñit de la burocracia moderna y la tecnología deshumanizada que halló su expresión definitiva en las fábricas anónimas de asesinatos de Auschwitz. Se presentó el asesinato en masa como un proceso de desinfectación llevado a cabo por profesionales —médicos y abogados, demógrafos y agrónomos— que actuaron sobre la base de decisiones amorales, pero aparentemente racionales, derivadas de consideraciones raciales eugenésicas y geopolíticas, así como de una planificación económica.¹⁴

Estas imágenes impactaron con fuerza en otra biografía de Heydrich, publicada por primera vez en 1977, que alcanzó gran popularidad: *Rein-*

hard Heydrich, la búsqueda del poder total, de Günther Deschner. Antiguo autor del diario conservador *Die Welt*, Deschner rechazó con acierto las demonizaciones pseudopsicológicas de Wighton y Fest y, en lugar de eso, siguió la tendencia dominante en los años setenta y ochenta al describir a Heydrich como el arquetipo de un tecnócrata de alto nivel interesado sobre todo en la eficiencia, el rendimiento y el poder total, para quien la ideología nazi era en primer lugar, y sobre todo, un vehículo para avanzar en su carrera. La ideología, sugería Deschner, era algo que alguien tan inteligente como Heydrich no podía tomarse en serio.¹⁵

Si la percepción popular de Heydrich como el despiadado «administrador de la muerte» del Tercer Reich ha permanecido inalterable durante tantos años, los principios básicos sobre los que se asienta esta imagen se han visto verdaderamente erosionados en las últimas dos décadas. En primer lugar, ahora está claro que la ideología representaba un papel motivador clave para los altos oficiales de las SS, y que cualquier intento de desecharlos como personas poco comprometidas y con alteraciones patológicas es profundamente erróneo. En todo caso, los criminales de las SS tuvieron por lo general una mayor formación que la media de sus contemporáneos alemanes y europeos occidentales. Con bastante frecuencia, eran jóvenes ambiciosos con títulos universitarios y con movilidad social procedentes de entornos familiares intactos, y en modo alguno formaban parte de una trastornada minoría de extremistas surgidos de los márgenes criminales de la sociedad.¹⁶

En segundo lugar, está generalmente aceptado que los procesos de toma de decisiones que condujeron al Holocausto se desarrollaron en varias etapas de radicalización gradual. La idea de que Heydrich planeó el Holocausto a partir de la década de los treinta, tal como todavía defendía su biógrafo Eduard Calic en los años ochenta, es una posición que ya no se sostiene.¹⁷ Aunque básico en el desarrollo de las políticas de persecución en la Alemania nazi, Heydrich fue únicamente uno más dentro de una gran variedad de actores en Berlín y la Europa ocupada por Alemania que impulsaron medidas de exclusión cada vez más extre-

mas y, finalmente, el asesinato en masa. La Alemania nazi no fue una dictadura suavemente jerarquizada, sino, más bien, una «selva política» en la que el partido y las agencias estatales competían sobre lo que Hitler presidía de manera errática. La «radicalización acumulativa» en ciertas áreas políticas surgió como resultado de las tensiones y conflictos entre individuos poderosos y grupos de interés que buscaban agradar al Führer anticipándose a sus órdenes.¹⁸ Dentro de esta compleja estructura de poder, hubo personas que contribuyeron a las políticas nazis de persecución y asesinato por un amplio abanico de razones que iban desde el compromiso ideológico y el hipernacionalismo hasta el arribismo, la avaricia, el sadismo, la debilidad o —lo que resulta más realista— una combinación de más de uno de estos elementos.¹⁹

Para un biógrafo de Heydrich, los argumentos revisionistas de las décadas pasadas plantean una serie de difíciles preguntas. Si el Holocausto no fue un genocidio centralizado que se desarrolló suavemente, y Heydrich y Himmler no fueron responsables de todos los aspectos de la persecución y el asesinato en masa de los judíos, entonces, ¿de qué fueron responsables exactamente?²⁰ Si, como sugieren algunos historiadores con bastante acierto, el Holocausto fue únicamente un primer paso hacia el sangriento desmontaje del complejo entramado étnico europeo, ¿qué papel desempeñó Heydrich en la evolución y puesta en marcha de estos planes?²¹ Todavía más importante: ¿cómo se «convirtió» en Heydrich?

Las respuestas ofrecidas en este libro revisan algunas antiguas asunciones acerca de la transición personal de Heydrich hacia el nazismo y su contribución en algunos de los peores crímenes cometidos en nombre del Tercer Reich. Habiendo nacido en 1904 en una privilegiada familia católica de músicos profesionales en la ciudad de Halle, el camino que llevó a Heydrich hasta el genocidio fue cualquier cosa menos recto. No solo ocurrió que vio condicionada su vida por varios acontecimientos imprevisibles que quedaron fuera de su control, sino que, además, sus acciones solo pueden explicarse por completo situándolas dentro de un contexto más amplio de condicionantes intelectuales, políticos, cultura-

les y socioeconómicos que moldearon la historia alemana en la primera mitad del siglo xx.

Heydrich fue tanto un representante típico como atípico de su generación. Compartió muchas de las profundas rupturas y experiencias traumáticas de la denominada «generación joven de la guerra», a saber, la Gran Guerra y los turbulentos años de posguerra, con sus disturbios revolucionarios, su hiperinflación y su decadencia social que vivió durante su adolescencia. Sin embargo, aunque estas experiencias lo hicieron a él, y a otros muchos alemanes, susceptible de caer en el nacionalismo radical, Heydrich se abstuvo del activismo político durante los años veinte e incluso fue marginado por sus camaradas oficiales de la Marina por no ser suficientemente nacionalista. El gran punto de inflexión de sus primeros años llegó en la primavera de 1931, cuando fue licenciado del servicio militar como resultado de haber roto una promesa de compromiso y su posterior comportamiento arrogante ante el tribunal militar de honor. Su licenciamiento en los años de la Gran Depresión coincidió aproximadamente con el primer encuentro con su futura esposa, Lina von Osten, que ya era una nazi comprometida y que lo convenció para que se presentase a uno de los puestos de estado mayor en las pequeñas pero elitistas SS de Heinrich Himmler.

Hasta aquel momento, la vida de Heydrich podría haber tomado un rumbo diferente y, de hecho, en un primer momento poseía pocas cualidades obvias para su futuro papel como jefe de la Gestapo y del SD. Sus experiencias y encuentros personales dentro de las SS después de 1931, y en particular su estrecha relación con Heinrich Himmler, fueron cruciales para su futura evolución. En otras palabras, el factor que contribuyó más significativamente a la radicalización de Heydrich fue su inmersión en un entorno político de hombres jóvenes y a menudo muy cultos que medraban sobre violentas ideas acerca de limpiar Alemania de sus presuntos enemigos internos mientras, al mismo tiempo, rechazaban las normas de moralidad burguesas por considerarlas débiles, obsoletas e inapropiadas para asegurar el renacimiento nacional de Alemania.

Sin embargo, su inmersión en este violento mundo de extremistas profundamente comprometidos desde el punto de vista político no explica por sí mismo por qué Heydrich se convirtió, probablemente, en la figura más radical dentro de los mandos nazis. Se argumentará que al menos una de las razones de su posterior radicalismo se encuentra en su falta de credenciales nazis anteriores. Los años de juventud de Heydrich contienen algunas deficiencias, en especial los persistentes rumores acerca de sus antepasados judíos que provocaron en 1932 una humillante investigación dentro del partido, y también su conversión relativamente tardía al nazismo. A fin de ocultar estas imperfecciones e impresionar a su superior, Heinrich Himmler, Heydrich se transformó en un nazi modelo, adoptando y radicalizando aún más algunos principios clave de la cosmovisión de Himmler y los ideales de las SS sobre masculinidad, habilidades deportivas y porte militar. Heydrich manipuló incluso la historia de su vida anterior para apuntalar sus credenciales nazis. Después de la Gran Guerra, combatió presuntamente en los Freikorps, las unidades de la derecha radical, pero su implicación en la actividad paramilitar posterior a 1918 fue, en el mejor de los casos, mínima. Tampoco existen documentos que demuestren que fue miembro de los diversos grupos antisemitas que había en Halle a los que posteriormente declaró haber pertenecido.

A mediados de la década de los años treinta, Heydrich había conseguido reinventarse como uno de los defensores más radicales de la ideología nazi y la puesta en práctica de la misma por medio de duras políticas de persecución cada vez más amplias. Así pues, creía firmemente que la realización de la utópica sociedad de Hitler requería de la exclusión despiadada y violenta de aquellos elementos considerados peligrosos para la sociedad alemana, una tarea que las SS podrían llevar a cabo a la perfección como ejecutoras de la voluntad de Hitler. Únicamente mediante la limpieza de la sociedad alemana de todo lo que fuese ajeno, enfermo y hostil, podría surgir una nueva comunidad nacional y se ganaría la inevitable guerra con el archienemigo del Reich, la Unión Soviética. Los medios de «limpieza» ideados por Heydrich iban a cambiar dramáti-

camente entre 1933 y 1942, en parte como respuesta a circunstancias que estaban fuera de su control y en parte como resultado del aumento del *Machtbarkeitswahn* —fantasía de omnipotencia— que se apoderó de muchos altos mandos de las SS, planificadores políticos e ingenieros demográficos después del estallido de la Segunda Guerra Mundial: la delirante idea de que había surgido una oportunidad histórica única para combatir, de una vez por todas, contra los enemigos, reales o imaginarios, de Alemania tanto dentro como fuera del Reich. Aunque el exterminio masivo de judíos parecía inconcebible incluso para Heydrich antes del estallido de la guerra en 1939, sus posturas sobre esta cuestión se radicalizaron durante los dos años y medio siguientes. Una combinación de embrutecimiento propio de tiempos de guerra, frustración por el fracaso de los esquemas de expulsión, presiones de los administradores alemanes locales en el este ocupado y una determinación de motivaciones ideológicas para resolver el «problema judío» le condujo a una situación en la que acabó percibiendo el asesinato en masa como algo deseable y posible.

La «solución de la cuestión judía», sobre la que Heydrich tuvo una responsabilidad directa desde finales de los años treinta fue, sin embargo, solo una parte de un plan de tiempos de guerra mucho más amplio para crear un nuevo carácter étnico de Europa mediante un gigantesco proyecto de expulsión, reasentamiento y asesinato de millones de personas en Europa oriental después de la victoria de la Wehrmacht sobre la Unión Soviética. Mientras fue Protector del Reich de Bohemia y Moravia —un cargo que ostentó entre septiembre de 1941 y su muerte violenta en junio de 1942— Heydrich subrayó su compromiso fundamental con estos planes iniciando un programa extraordinariamente ambicioso de clasificación racial e imperialismo cultural en el Protectorado.

A pesar de su impulso a la germanización de Europa central y oriental, Heydrich era plenamente consciente de que su completa realización debía aguardar hasta la victoria de la Wehrmacht sobre el Ejército Rojo. Desde un punto de vista logístico, era sencillamente imposible expulsar, reasentar y asesinar a unos treinta millones de eslavos en el este de

la Europa conquistada mientras, a la vez, en los campos de batalla se estaba librando una guerra contra una alianza de enemigos superior en número. La destrucción de los judíos europeos, una comunidad mucho más pequeña y más fácilmente identificable, planteaba muchos menos problemas logísticos. Para Heydrich y Himmler, la rápida puesta en funcionamiento de la «solución final» les ofrecía también una gran ventaja estratégica frente a otras agencias alemanas rivales que también operaban en los territorios ocupados: al demostrar su confianza en poder llevar a cabo las órdenes genocidas de Hitler, se postulaban ante el Führer como la agencia natural que debería llevar a cabo el proyecto aún mayor de germanización después de la guerra.²²

Por lo tanto, la vida de Heydrich ofrece una perspectiva única, privilegiada, íntima y orgánica sobre algunos de los aspectos más oscuros del gobierno nazi, muchos de los cuales han sido a menudo divididos o tratados por separado en la literatura especializada sobre el Tercer Reich: el nacimiento de las SS y la emergencia de la policía estatal nazi; los procesos de toma de decisiones que llevaron al Holocausto; las interconexiones entre las políticas antijudías y germanizadoras; y las diferentes formas en las que los regímenes alemanes de ocupación operaron a lo largo y ancho de la Europa controlada por los nazis. Desde un nivel más personal, ilustra las circunstancias históricas bajo las que un joven de un entorno de clase media perfectamente «normal» puede convertirse en un extremista político decidido a emplear la ultraviolencia para cumplir sus fantasías distópicas de una transformación radical del mundo.



I

MUERTE EN PRAGA

El 27 de mayo de 1942 era un hermoso día. La mañana amaneció brillante y auspiciosa sobre las tierras bohemias ocupadas por la Alemania nazi desde 1939. Después de un invierno excepcionalmente frío, por fin había llegado la primavera. Los árboles estaban en plena floración y los cafés de Praga eran un hervidero de vida. Unos veinte kilómetros al norte de la capital, en los frondosos jardines de su enorme hacienda rural neoclásica, el indiscutido gobernante de los territorios checos y jefe del aparato de terror nazi, Reinhard Heydrich, estaba jugando con sus dos hijos pequeños, Klaus y Heider, mientras su esposa, Lina, en los últimos meses de embarazo de su cuarto hijo, los miraba desde la terraza y sostenía a Silke, su hija pequeña.¹

Tanto privada como profesionalmente, Heydrich tenía motivos para estar contento. Con solo treinta y ocho años, y siendo el segundo hombre más poderoso de las SS, únicamente por detrás de Heinrich Himmler, se había construido una reputación como uno de los ejecutores más intrascendentes de las fantasías distópicas de Hitler para el futuro del Reich y de la Europa ocupada por los nazis. La «solución de la cuestión judía» en Europa, que se le había encomendado oficialmente a Heydrich en enero de 1941, estaba haciendo progresos muy rápidos: para la primavera de 1942, los alemanes y sus cómplices europeos orientales habían asesinado

aproximadamente a un millón y medio de judíos, predominantemente mediante un disparo cara a cara. Muchos más morirían en las fábricas de asesinatos de la antigua Polonia, donde el invierno anterior habían comenzado las obras de construcción de las instalaciones permanentes de gaseo. A pesar de la reciente declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos, el futuro de Heydrich parecía brillante. En los frentes de Europa oriental y del norte de África, el ejército alemán avanzaba rápidamente y estaba a punto de propinar una serie de golpes devastadores contra los Aliados. Era cierto que las actividades de resistencia habían aumentado en toda Europa desde la invasión alemana de la Unión Soviética en el verano de 1941, pero Heydrich tenía buenas razones para confiar en que estos desafíos al gobierno nazi reforzarían, en lugar de debilitar, la influencia de las SS sobre las políticas alemanas de ocupación, en las que Heydrich era considerado por muchos una estrella emergente.

Contrariamente a su costumbre de conducir hasta el trabajo poco después del amanecer, aquel día Heydrich salió de su hacienda a eso de las diez de la mañana. Su chófer, Johannes Klein, un hombre de poco más de treinta años, le esperaba en el vestíbulo, dispuesto a conducirle a su despacho en el castillo de Praga y, desde allí, al aeropuerto, donde su avión le llevaría a Berlín para informar a Hitler sobre el futuro gobierno del Protectorado y para formular algunas sugerencias más generales sobre la política a seguir para combatir las actividades de la resistencia en toda la Europa ocupada. Como de costumbre, recorrieron la corta distancia que los separaba de Praga en un Mercedes descapotable y sin escolta policial. Cuando Klein y Heydrich emprendieron el camino, ninguno de los dos podía saber que a unos quince minutos carretera adelante, en el barrio de Libeň, tres agentes checoslovacos que trabajaban para los británicos los aguardaban nerviosos, con sus pistolas y bombas de mano cuidadosamente escondidas debajo de su ropa de civil.²

Los planes secretos para asesinar a Reinhard Heydrich habían surgido en Londres hacia más de medio año, a finales de septiembre de 1941. Los orígenes del plan han sido fuente de controversia hasta el día de hoy

y han dado lugar a toda suerte de teorías conspirativas, en gran medida porque las partes implicadas —la Dirección de Operaciones Especiales (SOE) británica y el gobierno checoslovaco en el exilio presidido por Edvard Beneš— negaron oficialmente haber tenido cualquier responsabilidad en el asesinato después de 1945. Ninguno de ellos quiso ser acusado de tolerar el asesinato político como herramienta bélica, especialmente porque siempre había quedado muy claro que los alemanes responderían al asesinato de un prominente líder nazi con las represalias más brutales contra la población civil.³

Los documentos sobre el asesinato que han llegado hasta nosotros revelan que el plan para matar a Heydrich surgió ante todo como fruto de la desesperación: desde la caída de Francia en el verano de 1940 y la ignominiosa retirada de Dunkerque de la Fuerza Expedicionaria Británica, las autoridades británicas se habían estado esforzando por recuperar la iniciativa militar. Sin posibilidad de derrotar al ejército alemán por sí mismos, los británicos esperaban provocar el descontento popular en los territorios ocupados por los nazis, desviando de ese modo recursos militares vitales para los alemanes hacia los diferentes focos de conflicto. Hugh Dalton, ministro de la Economía de Guerra, habló de crear organizaciones subversivas detrás de las líneas enemigas, mientras que el Departamento de Guerra hacía empáticos llamamientos a los «esfuerzos activos para combatir la grave pérdida de confianza que está surgiendo en el Imperio británico [...] después de nuestros recientes desastres».⁴

Ni Dalton ni ningún otro en el gabinete británico tenían una comprensión sólida de las inmensas dificultades e impedimentos a los que se enfrentaban las organizaciones clandestinas en la Europa ocupada por los nazis. Y tampoco apreciaban lo complicado que era realizar operaciones de sabotaje a pequeña escala. Los checos y los polacos en los exilios de Putney y Kensington eran más realistas. No estaban dispuestos a poner en peligro las redes de inteligencia existentes en sus patrias organizando ambiciosos levantamientos de masas que estaban condenados al fracaso en vista de la abrumadora presencia militar alemana. Sin embargo, inclu-

so cuando se los comparaba con los niveles generalmente bajos de actividad de resistencia a comienzos de 1941, los checos eran considerados, a ojos de los británicos, como particularmente complacientes. František Moravec, en su calidad de asesor jefe de inteligencia de Beneš, admitió después de la guerra que, en términos de actividades de resistencia en los territorios ocupados, «Checoslovaquia estuvo siempre en la parte inferior de la lista. El presidente Beneš se sentía muy avergonzado por este hecho. Me dijo que, en sus consultas con representantes de los países aliados, el tema de la resistencia significativa al enemigo surgía con una insistencia humillante. Los británicos y los rusos, muy presionados por sus propios campos de batalla, siguieron señalando a Beneš la urgente necesidad de que cada país, incluida Checoslovaquia, hiciera el máximo esfuerzo».⁵

La ausencia de resistencia checa frente al gobierno nazi estaba dañando cada vez más la posición diplomática de Beneš y ponía en peligro su objetivo principal para la posguerra de restablecer Checoslovaquia con las fronteras anteriores a 1938. Beneš temía que una paz negociada entre Alemania y Gran Bretaña dejase permanentemente las tierras bohemias dentro de la esfera de influencia nazi. Después de todo, el gobierno británico seguía sin rechazar los Acuerdos de Múnich de 1938 que permitieron a Hitler ocupar el territorio checoslovaco de los Sudetes, habitado en gran medida por alemanes, y había retrasado conscientemente cualquier reconsideración sobre aquella decisión para mantener la presión sobre Beneš.⁶

El 5 de septiembre de 1941, un Beneš cada vez más impaciente comunicó por radio al Comité Central de Resistencia Interior (ÚVOD) en Praga: «Es esencial pasar de los planes y preparativos teóricos a los hechos [...]. En Londres y Moscú hemos sido informados de que la destrucción o, al menos, una reducción considerable de la industria armamentística tendría en este momento un profundo impacto sobre los alemanes [...]. Toda nuestra posición aparecerá bajo una luz permanentemente desfavorable si, como mínimo, no mantenemos el ritmo de los demás».⁷ Respondiendo a la presión de Londres, el ÚVOD maximizó, en efecto, sus

actividades de sabotaje y coordinó un exitoso boicot de la prensa del Protectorado controlada por los nazis entre el 14 y el 21 de septiembre. Sin embargo, apenas una semana más tarde, el entusiasmo inicial de Beneš se tornó en una absoluta frustración cuando Hitler decidió sustituir a su «débil» Protector del Reich en Praga, Konstantin von Neurath, por el abominable jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, Reinhard Heydrich. Después de la llegada de Heydrich a Praga en septiembre de 1941, las autoridades alemanas apretaron todavía más el puño sobre la sociedad checa: la comunicación entre el Protectorado y Londres dejó de existir temporalmente, y la clandestinidad quedó paralizada por una ola de arrestos.⁸

Cuando sus ambiciosos planes de resistencia generalizada comenzaron a venirse abajo a su alrededor, Beneš encontró un aliado igualmente atormentado en la Dirección de Operaciones Especiales (SOE) británica. Puesta en marcha en julio de 1940 e instruida por el propio Winston Churchill para «prender fuego a Europa» respaldando los levantamientos populares contra el gobierno nazi, la SOE había disfrutado de un éxito muy limitado en su primer año de existencia. Como señalaba Hugh Dalton en su diario en diciembre de 1941: «Nuestros últimos informes han estado casi vacíos, largos cuentos sobre lo que se ha hecho [...]. Estoy especialmente deseoso de disfrutar de una o dos operaciones exitosas».⁹ Igual que Beneš, también la SOE estaba cada vez más desesperada por lograr algún tipo de éxito que justificase su existencia, sobre todo después de que su bien asentado rival, el Servicio de Inteligencia Secreto (SIS) británico, hubiese demandado en agosto de 1941 que la única responsabilidad por las operaciones de sabotaje en territorio enemigo deberían devolverse al SIS y a su director, Sir Stewart Menzies. Considerando que la recién nacida SOE era una presuntuosa organización *amateur*, Menzies y su personal de categoría superior estaban dispuestos a librarse de la aparentemente ineficiente agencia rival.¹⁰

Durante las semanas siguientes, el jefe de inteligencia de Beneš, František Moravec, y los representantes de alto rango de la SOE se reunían

con frecuencia para encontrar una solución a su problema común. Coordinaron planes para colocar agentes checos entrenados en inteligencia, comunicaciones y sabotaje dentro del Protectorado, pero una combinación de malas condiciones meteorológicas y falta de comunicación con los líderes de la resistencia sobre el terreno impidió una acción concertada. Además, comenzaron a darse cuenta de que ni siquiera un despliegue exitoso de los expertos entrenados en acciones de sabotaje sería suficientemente espectacular como para aplacar a sus críticos. Y así, se les ocurrió un plan mucho más ambicioso: puesto que Hitler estaba fuera de su alcance, intentarían asesinar al jefe del aparato de terror nazi, Reinhard Heydrich.¹¹

El 3 de octubre de 1941, dos días después de que un expediente secreto de la SOE describiese a Heydrich como «probablemente el segundo hombre más peligroso en la Europa ocupada por Alemania» después del propio Hitler, tuvo lugar una reunión secreta en Londres entre Frank Nelson, jefe de la SOE, y Moravec durante la cual se discutieron los detalles de la misión. Acordaron que la SOE proporcionaría las armas y el entrenamiento para dos o tres hombres de Moravec «para llevar a cabo un asesinato espectacular. Heydrich si es posible». El asesinato de Heydrich —cuyo nombre clave era Operación Antropoide— subrayaría tanto la capacidad de la SOE para propinar un duro golpe contra el aparato de seguridad nazi como la determinación de la resistencia checa para hacer frente a los opresores alemanes.¹²

Aunque Beneš se hubiera dado por satisfecho con cualquier acción de resistencia espectacular, la SOE tenía la mente claramente puesta en Heydrich como el objetivo ideal. Para su información acerca del objetivo de la Operación Antropoide, el servicio de inteligencia británico se basó en gran medida en el libro *Dentro de la Gestapo*, publicado en 1940 por el para entonces exoficial de la Gestapo exiliado Hansjürgen Köhler, quien describía a su antiguo jefe Heydrich como:

El todopoderoso policía ejecutivo del Tercer Reich [...]. Sin él, Himmler no sería más que un pelele sin sentido [...]. Es el hombre que lo mueve

todo —detrás de la escena, y, sin embargo, con una inalterable destreza— es el poder detrás del trono, que mueve los hilos y sigue sus propios y oscuros designios. Heydrich es joven e inteligente [...]. En resumen, es el brutal, despótico y despiadado señor de la policía nazi; un individuo ambicioso cuya certeza del objetivo no conoce ninguna desviación [...]. Aunque es apasionado e impetuoso, permanece en un segundo plano con una actitud sobria y fríamente calculadora y sabe que el poder que codiciaba ya es suyo. La残酷和 la furia repentina están sometidas en su carácter a una disciplina tan severa como su incansable actividad.

El énfasis que Köhler pone en Heydrich como el hombre directamente responsable de «incommensurable sufrimiento, aflicción y muerte» se destacaba en la copia adjunta al archivo que la SOE tenía de Heydrich.¹³ El plan de asesinato ideado por la SOE menos de una semana más tarde ya era muy específico: preveía un ataque directo sobre Heydrich en un momento en el que estuviera viajando en coche desde su hacienda campestre hasta el castillo de Praga, preferiblemente en un cruce de carreteras donde el coche tuviera que aminorar la velocidad.¹⁴

Las brutales represalias alemanas, insinuaba un cálculo bastante cínico, provocarían un levantamiento más generalizado de la población checa contra el dominio nazi. Puesto que el propio Beneš se mostraba «temeroso ante las posibles repercusiones en el Protectorado», y dado que el gobierno británico no podía aparecer oficialmente violando las normas internacionales de la guerra al promover actos de terrorismo, ni siquiera en una guerra contra la opresión nazi, ambas partes sintieron la «necesidad de producir alguna forma de historia que sirviese como tapadera». Rápidamente se acordó que la propaganda aliada presentaría el asesinato como un acto espontáneo de resistencia, planeado y llevado a cabo por la clandestinidad checa en el país, aunque la propia resistencia de Praga jamás fue informada de los planes de Londres para asesinar a Heydrich.¹⁵

Cuando quedaba poco para la Navidad, había tres misiones vitales aguardando el traslado al Protectorado: Antropoide, el equipo entrenado para matar a Heydrich, así como Silver A y Silver B, dos grupos de transmisión de radio asignados a restablecer las líneas de comunicación cortadas entre Londres y la resistencia checa en el interior del país. Los dos hombres seleccionados para asesinar a Heydrich fueron bien entrenados para su misión. Jan Kubiš, un antiguo suboficial de veintisiete años originario de Moravia, había vivido sus primeras experiencias en actividades de resistencia contra los alemanes en la primavera de 1939, cuando había pertenecido a uno de los pequeños grupos de resistencia que habían surgido espontáneamente después de la invasión nazi. Cuando la Gestapo intentó detenerlo, consiguió escapar a Polonia, donde conoció al segundo de los futuros asesinos de Heydrich, Josef Gabčík, un cerrajero eslovaco, de baja estatura pero fornido, que había servido como suboficial en el antiguo ejército checo antes de abandonar el país desesperado por la ocupación alemana.

Igual que otros muchos jóvenes refugiados sin dinero procedentes de Checoslovaquia, Kubiš y Gabčík se alistaron en la Legión Extranjera francesa y combatieron durante un breve período en el frente occidental a comienzos del verano de 1940, antes de ser evacuados a Gran Bretaña después de la caída de Francia. Allí, de conformidad con el acuerdo entre los Aliados, fueron reclutados para servir en la Brigada Checa, el reducido brazo armado del gobierno en el exilio de Beneš que reunía a unos tres mil hombres. Cuando la SOE comenzó su reclutamiento para operaciones secretas en el Protectorado, Gabčík y Kubiš se presentaron voluntarios. No obstante se les mantuvo ignorantes del propósito de la misión. Solo después de meses de intenso entrenamiento, primero cerca de Manchester, y más tarde en el campo de entrenamiento para sabotajes de Camusdarach, en Inverness-shire, y en la Villa Bellasis, una propiedad campestre británica requisada, cerca de Dorking, fueron informados de que habían sido elegidos para matar al mismísimo Protector del Reich.¹⁶

Aunque orgullosos por haber sido los escogidos para tan importante tarea, tanto Gabčík como Kubiš sabían que era muy poco probable que sobrevivieran a esta misión. El viaje hasta el Protectorado a través de la Europa continental controlada por los nazis ya sería extraordinariamente peligroso por sí mismo, e incluso si llegaban a salvo a Praga y completaban su misión, no había un plan de huida. Los dos agentes permanecerían en la clandestinidad hasta que fueran capturados o muertos, o bien hasta que Praga fuese liberada del dominio nazi. Ambos decidieron redactar sus testamentos el 28 de diciembre de 1941, la noche en que su vuelo salió del aeródromo de Tangmere, una base secreta de la RAF en Sussex.¹⁷

El *Halifax*, cargado hasta los topes, con nueve paracaidistas más la tripulación, cruzó los cielos nocturnos del Canal de la Mancha y la Francia ocupada por los nazis antes de continuar su viaje por Alemania. Los repetidos ataques de las baterías antiaéreas alemanas y de los aviones de combate nocturno de la Luftwaffe interrumpieron el viaje, pero por fin llegaron al Protectorado de Bohemia y Moravia poco después de las dos de la madrugada. Las fuertes nevadas caídas sobre el terreno impidieron que el piloto identificase las zonas de salto marcadas para los tres equipos. Aunque instruidos para dirigirse a Pilsen (Plzeň), donde se suponía que los paracaidistas establecerían contacto con miembros locales de la resistencia checa, el piloto lanzó accidentalmente a Gabčík y Kubiš en un campo nevado cercano al pueblo de Nehvizdy, a unos treinta kilómetros al este de Praga. Ahora, sus direcciones de contacto resultaban inútiles.

Hubo también otros problemas: Gabčík se dañó gravemente un tobillo durante el aterrizaje y sospechó, no sin razón, que su llegada no había pasado desapercibida. Debido a la falta de visibilidad, el *Halifax* descendió hasta una altitud apenas superior a los ciento cincuenta metros antes de que saltasen los paracaidistas, y los motores del pesado bombardero habían interrumpido el sueño de la mitad de los habitantes del pueblo. Al menos dos lugareños vieron cómo caían a tierra los paracaídas. De acuerdo con las reglas de probabilidad, la Gestapo encontraría su rastro

tarde o temprano.¹⁸ Sin embargo, aquel día la suerte estaba del lado de los paracaidistas. Un guardabosque local, simpatizante de la causa nacionalista, fue el primero en encontrarlos. Tras ver sus paracaídas enterrados en la nieve, siguió sus huellas hasta una cantera abandonada. Pronto se unió a él el molinero de Nehvizdy, Brětislav Baumann, que resultó ser miembro de un grupo de la resistencia checa y los puso en contacto con sus camaradas de Praga.¹⁹ Baumann pagaría un alto precio por ayudar a los asesinos. Tras la muerte de Heydrich, él y su esposa fueron arrestados y enviados al campo de concentración de Mauthausen donde serían asesinados.²⁰

Poco después de Año Nuevo, Gabčík y Kubiš tomaron el tren a Praga, donde pasaron los cinco meses siguientes moviéndose entre varios pisos franceses proporcionados por el ÚVOD. A continuación recibieron su equipo, que incluía granadas, pistolas y un subfusil Sten. Buscando un punto ideal para llevar a cabo el asesinato, pasaron semanas caminando o montando en bicicleta alrededor del castillo de Praga, la hacienda campestre de Heydrich y la carretera que Heydrich solía utilizar para trasladarse entre estos dos lugares. A comienzos de febrero, habían identificado un lugar aparentemente ideal para el ataque: una curva muy cerrada en el barrio de Liběn, en Praga, por donde pasaba Heydrich en su trayecto diario hacia el trabajo. El emplazamiento parecía perfecto, pues el coche de Heydrich debería reducir la velocidad para ajustarse al ritmo de la curva cerrada, lo que permitiría a Gabčík y Kubiš disparar contra su objetivo desde posiciones muy cercanas. Había también una parada de autobús justo detrás de la curva donde los asesinos podrían aguardar la llegada del coche de Heydrich sin levantar sospechas.²¹

Sin embargo, esa aparente facilidad con la que los paracaidistas habían logrado infiltrarse en el Protectorado les había vuelto menos cautos de lo que deberían en esas circunstancias. Tanto Gabčík como Kubiš comenzaron sendas aventuras sexuales con mujeres que conocieron por medio de las familias que les habían ofrecido cobijo, violando de ese modo todas las reglas de secretismo. Numerosas familias y personas que pertenecían al

círculo de resistencia checa más amplio estaban innecesariamente comprometidos por el descuidado uso de pisos frances y bicicletas prestadas, artículos de vestir y maletines que posteriormente conducirían a la Gestapo a localizar a los que les habían ayudado y, por último, a aniquilar toda resistencia organizada en el Protectorado. No obstante, por el momento Gabčík y Kubiš eran suficientemente afortunados como para no haber sido descubiertos.

Otros tuvieron menos suerte. Los cinco paracaidistas de los grupos Silver A y Silver B que habían saltado la noche del 28 de diciembre unos minutos después que Gabčík y Kubiš se separaron poco después de llegar a tierra. Muchos de ellos fueron detenidos por la Gestapo o se entregaron cuando sintieron que sus familias podían estar en peligro. Únicamente el líder del Silver A, Alfréd Bartoš, consiguió restablecer el contacto con uno de los pocos comandantes supervivientes del ÚVOD, el capitán Václav Morávek, e instalar un radio transmisor, cuyo nombre clave era Libuše y que pronto comenzó a transmitir a Londres información sobre la producción industrial y el ánimo de la población. Sin embargo, sus informes confirmaban que las actividades de la resistencia en el Protectorado se habían vuelto «excepcionalmente difíciles», si no imposibles, porque «por cada persona políticamente activa hay todo el rato un agente de la Gestapo».²²

Si otra de las razones para enviar agentes al Protectorado era facilitar el bombardeo de plantas de producción de armas de importancia vital, también este objetivo tuvo un éxito limitado. Un plan para coordinar un ataque aéreo británico sobre las factorías Škoda en Pilsen con la ayuda del transmisor Libuše se tambaleó. Otras misiones, incluida Silver B, fracasaron por completo. Entre diciembre de 1941 y finales de mayo de 1942, se lanzaron sobre el Protectorado otros dieciséis paracaidistas procedentes de Inglaterra, pero ninguno de ellos completó su misión: dos fueron arrestados por la policía; dos se pusieron voluntariamente a disposición de la Gestapo para evitar la prisión o la tortura; y otros cayeron abatidos por disparos o se suicidaron cuando fueron atrapados por la policía alemana.

Otros sencillamente abandonaron sus misiones y regresaron a casa con sus familias. Sorprendidos por el dominio absoluto del estado policial nazi, y al tener documentos falsos de pobre calidad, muchos simplemente fueron presas del pánico. En un caso, un paracaidista envió un aviso a su madre para comunicarle que estaba sano y salvo. La emocionada madre se lo contó a una conocida, que rápidamente se lo transmitió a la Gestapo; el padre y dos hermanos del paracaidista fueron tomados como rehenes y se les amenazó con la ejecución hasta que el paracaidista se entregó.²³

En el mes de mayo, Bartoš exigió que los envíos de paracaidistas se interrumpieran por completo. «Nos están enviando gente para la que no tenemos tarea», comunicó a Londres. «Suponen una carga sobre la red de la organización que no es deseable en momentos críticos. Las autoridades de seguridad checas y alemanas disponen de tanta información y conocimientos sobre nosotros que repetir estas operaciones sería un desperdicio de personal y equipo». ²⁴ Pero la SOE y Beneš continuaron presionando. Mucho antes, Bartoš había descubierto, para su horror, el propósito de la misión que se les había confiado a Gabčík y Kubiš.²⁵ Dos veces a comienzos de mayo, el ÚVOD transmitió mensajes desesperados a Beneš implorándole que abandonase el proyecto de asesinato, con el argumento de que las represalias alemanas por la muerte de Heydrich seían probablemente acabar con cualquier resto de la clandestinidad checa:

A juzgar por los preparativos que están haciendo Ota y Zdenek [los nombres en clave de Gabčík y Kubiš], y por el lugar donde están haciendo estos preparativos, asumimos, a pesar del silencio que mantienen, que están planeando asesinar a «H». Su asesinato no redundaría en beneficio de los Aliados, y podría acarrear consecuencias incalculables para nuestra nación. No solo pondría en peligro a nuestros rehenes y prisioneros políticos, sino que también costaría otras miles de vidas. Expondría a la nación a unas consecuencias sin precedentes, mientras que, al mismo tiempo, barrería los últimos restos de organización [clandestina]. Como resultado, en el futuro sería imposible hacer nada útil

para los Aliados. Por tanto, le pedimos que envíe, por medio de Silver A, instrucciones para que se cancele el asesinato. Un retraso podría resultar peligroso. Envíen instrucciones inmediatamente. No obstante, si es deseable un asesinato por consideraciones relativas a la política exterior, que se dirija contra otra persona.²⁶

Dos días más tarde, František Moravec, el jefe de inteligencia de Beneš, respondió con un mensaje engañoso: «No se preocupe por lo que se refiere a las acciones terroristas. Creemos que tenemos una visión correcta del asunto; por lo tanto, dada la situación, no se tendrá en consideración ninguna acción contra oficiales del Reich alemán. Que el ÚVOD lo sepa [...].» Al día siguiente, 15 de mayo, el propio Beneš envió un mensaje a la clandestinidad sin mencionar los planes de asesinato:

Espero que, en la próxima ofensiva, los alemanes empujen con sus fuerzas. Están seguros de tener cierto éxito [...]. En ese caso, esperaría las propuestas alemanas para una paz poco concluyente. La crisis sería grave [para nosotros] [...]. Ante una situación así, un acto de violencia como disturbios, subversión directa, sabotaje o manifestaciones podría ser imperativo o incluso necesario para nuestro país. Eso salvaría internacionalmente a la nación, e incluso merecerían la pena mayores sacrificios.²⁷

Beneš había sucumbido una vez más a la presión del gobierno británico. Tal como señalaron los analistas de inteligencia en Londres, «los telegramas recientes de Silver A indican que el pueblo checo depende cada vez más de los rusos [...]» —una evolución que suponía una seria amenaza a los intereses británicos en Europa central a largo plazo—. La clandestinidad democrática checa, concluía el informe, no estaba dando lo mejor de sí y era sin duda «capaz de hacer mayores esfuerzos [...].» Ahora parecía «esencial, tanto desde el punto de vista militar como político, emprender acciones drásticas para reavivar la confianza en el esfuerzo

bélico británico, y en particular de la SOE, si queríamos mantener la iniciativa en la dirección de posteriores operaciones».²⁸

Pese a los posteriores ruegos de sus protectores de la resistencia para que abandonaran su misión, Gabčík y Kubiš decidieron que era el momento de actuar. Como soldados, sentían que no estaban en posición de cuestionar las órdenes que habían recibido directamente de Beneš. Cuando un informante checo que trabajaba dentro del castillo de Praga filtró a la resistencia los planes de Heydrich de viajar para reunirse con Hitler el 27 de mayo, sugiriendo que el Protector del Reich estaría entonces varias semanas fuera del país, Gabčík y Kubiš decidieron que esa sería la fecha en la que perpetrarían el asesinato.²⁹

La mañana del 27 de mayo, mientras Heydrich jugaba todavía con sus hijos en su finca campestre, se situaron convenientemente cerca de la curva cerrada elegida para el ataque. A pesar del calor del día, Gabčík llevaba una gabardina en el brazo que ocultaba el subfusil. Al otro lado de la calle, Kubiš estaba apoyado sobre una farola con dos bombas con fusibles de alta sensibilidad en su maletín. Un tercer hombre, Josef Valčík, que había saltado en paracaídas sobre el Protectorado en diciembre como miembro del equipo Silver A, se situó en un punto más elevado de la colina, desde donde podría ver cuándo se aproximaba el automóvil. Aproximadamente a las diez y veinte de la mañana, el espejo de afeitar de Valčík envió un reflejo del sol, la señal de que el coche de Heydrich se acercaba.³⁰

Tal como habían previsto los asesinos, el conductor de Heydrich redujo la velocidad para tomar la curva. Cuando el coche dobló la esquina, Gabčík dio un salto, apuntó con su subfusil a Heydrich y apretó el gatillo, pero el arma, que había sido previamente desmontada y escondida en su maletín debajo de una capa de hierba, se encasquilló. Heydrich, asumiendo que era el único asesino, se apresuró a ordenar a su conductor que detuviera el coche y sacó su pistola, decidido a disparar contra Gabčík —un error de cálculo fatal que le costaría la vida—. Cuando el automóvil frenó bruscamente, Kubiš salió de las sombras y arrojó una

de las bombas hacia el Mercedes. Calculó mal la distancia y la bomba explotó contra la rueda trasera del coche, despidiendo metralla al rostro de Kubiš y destrozando las ventanas de un tranvía que pasaba en aquel momento. Cuando se disipó el ruido de la explosión, Heydrich y su chófer saltaron del coche destrozado con las pistolas cargadas y dispuestos a matar a los asesinos. Mientras que Klein perseguía a Kubiš, que estaba medio cegado por la sangre que manaba de su frente, Heydrich corrió colina arriba hacia donde se encontraba Gabčík, todavía paralizado y con su arma inservible aún entre las manos. Con Klein, desorientado por la explosión, tambaleándose detrás de él, Kubiš consiguió llegar hasta su bicicleta y escapar colina abajo, convencido de que el intento de asesinato había sido un fracaso.³¹

Para Gabčík la huida no resultó tan sencilla. Mientras Heydrich se aproximaba a él entre el polvo provocado por la explosión, Gabčík se escondió detrás de un poste de telégrafos, seguro de que Heydrich acabaría disparándole. Sin embargo, de repente Heydrich se desmoronó agonizante, y Gabčík aprovechó la oportunidad para huir. Tan pronto como desaparecieron los asesinos, los peatones checos y alemanes acudieron en socorro de Heydrich y detuvieron la camioneta de un panadero para que transportase al hombre herido al cercano hospital Bulovka, donde los rayos X confirmaron que era necesario intervenirle urgentemente: se le había roto el diafragma, y tenía fragmentos de metralla y pelo de caballo de la tapicería del coche alojados en el bazo. Pese a sufrir enormes dolores, la paranoia y las sospechas de Heydrich hacia los checos permanecían intactas: se negó a que le operase un doctor local, y exigió que se enviase por avión un especialista desde Berlín para practicar la imprescindible y urgente operación. A mediodía, se llegó a un compromiso y accedió a que fuese un equipo de especialistas checos, dirigidos por el profesor Josef A. Hohlbaum, de la Clínica Quirúrgica Alemana de Praga, quien llevase a cabo la operación. Poco después del mediodía, Heydrich fue conducido al quirófano mientras Himmler y Hitler, que habían sido informados inmediatamente del ataque, envia-

ban a Praga a sus médicos personales, el profesor Karl Gebhardt y el doctor Theodor Morell.³²

Mientras Heydrich yacía en el hospital ante un futuro más que incierto, la rabia se extendía entre los líderes nazis y los alemanes del Protectorado. La Policía tuvo que impedir que los checos de etnia alemana atacaran los almacenes, bares y restaurantes checos e incluso que lincharan a sus vecinos checos.³³ Oficialmente, la prensa controlada por los alemanes redujo la importancia del ataque, subrayando que las heridas de Heydrich no amenazaban su vida y dando mayor importancia, en su lugar, a las informaciones acerca del éxito de la ofensiva alemana en el frente oriental, muy especialmente la reciente batalla al sur de Kharkov, donde 240.000 soldados del Ejército Rojo habían quedado rodeados y habían sido hechos prisioneros.³⁴ Sin embargo, en privado, los dirigentes nazis estaban bastante más alterados de lo que estaban dispuestos a admitir en público. Como señalaba Goebbels en su diario el 28 de mayo de 1942:

Llegan noticias alarmantes desde Praga. Se ha perpetrado un ataque con bomba contra Heydrich en un barrio de Praga y ha resultado herido de gravedad. Aunque por el momento no corre peligro su vida, su estado es, no obstante, preocupante [...]. Es imprescindible que atrapemos a los asesinos. Luego un tribunal debería ocuparse de ellos y de sus cómplices. El trasfondo del ataque todavía no está claro. Pero resulta revelador que Londres haya informado tan pronto sobre el ataque. Debemos tener claro que un ataque de este tipo podría sentar un precedente si no nos enfrentamos a él con los medios más brutales.³⁵

El propio Führer estaba absolutamente de acuerdo. Menos de una hora después del intento de asesinato, un Hitler fuera de sí ordenó a Karl Hermann Frank, sustituto de Heydrich, alto mando de las SS y jefe de la Policía del Protectorado, que ejecutase a diez mil checos en represalia por el ataque. Por la tarde, un Himmler profundamente conmovido insistió

en que aquella misma noche deberían ser ejecutados «cien de los rehenes checos más importantes».³⁶

Temiendo que las represalias a gran escala pudieran tener un efecto negativo para los vitales intereses económicos en la región, Frank voló inmediatamente a Berlín con la intención de convencer a Hitler de que el ataque había sido un acto aislado organizado desde Londres. Empeñarse en un asesinato masivo, sugirió Frank, significaría abandonar las exitosas campañas de ocupación de Heydrich, pondría en peligro la productividad de la industria de armamento checa y sería una baza en manos de la propaganda enemiga. Sin embargo, Hitler estaba furioso y amenazó con enviar a Praga al general de las SS Erich von dem Bach-Zelewski, jefe de la guerra antiguerrilla en el frente oriental. Bach-Zelewski, insistió Hitler, «navegaría feliz por un mar de sangre sin el menor escrúpulo. Los checos deben aprender la lección de que si disparan a un hombre, este será sustituido inmediatamente por alguien aún peor». No obstante, al final de la reunión Frank había conseguido calmar a Hitler. Por el momento, Hitler canceló su orden de asesinato indiscriminado de diez mil rehenes, pero insistió en que los asesinos debían ser capturados de inmediato.³⁷

Antes de partir hacia Praga, Frank había decretado la ley marcial sobre el Protectorado. Cualquiera que ofreciese ayuda para ocultarse a los asesinos, o incluso que no consiguiera dar información a la Policía sobre su paradero, sería ejecutado junto a sus familiares. El mismo destino aguardaba a aquellos checos mayores de diecisésis años que no consiguieran obtener nuevos papeles identificativos antes de la medianoche del viernes 29 de mayo. Cualquier persona a la que se encontrase sin los papeles adecuados sería ejecutada el sábado. Se detuvieron los servicios de ferrocarril y otros medios de transporte público. Se cerraron cines y teatros, restaurantes y cafés. Se interrumpió el Festival de Música de Praga. Se estableció un toque de queda desde las nueve de la tarde hasta las seis de la mañana y, siguiendo las instrucciones de Hitler, se ofreció una recompensa de diez millones de coronas por la captura de los asesi-

nos. El gobierno del Protectorado, deseoso de distanciarse del asesinato, prometió doblar la recompensa.³⁸

En el transcurso de la tarde, el jefe de la Policía del Orden alemana, Kurt Daluge, recibió la orden telefónica de asumir el puesto de Protector del Reich y cazar a los asesinos con todos los medios que tuviera a su disposición.³⁹ Temiendo que el intento de asesinato fuese la señal para un levantamiento general en el Protectorado, Daluge desencadenó de inmediato una de las mayores operaciones policiales de la historia moderna. Praga fue completamente sellada por la policía y el ejército alemán. Unidades de la Gestapo, reforzadas con contingentes de la Policía del Orden, las SS, la Gendarmería checa y tres batallones de la Wehrmacht —más de doce mil hombres en total— comenzaron a registrar más de treinta y seis mil edificios en busca de los asesinos.⁴⁰ Sin embargo, aunque apenas quedó una sola casa sin examinar, la operación policial no consiguió ofrecer los resultados deseados. Fueron arrestadas unas quinientas personas por delitos menores sin relación con el intento de asesinato, pero, a pesar de un gran número de indicios (y declaraciones falsas) que proporcionó la población checa y alemana, los autores del atentado no fueron detenidos.⁴¹

Mientras la población civil del protectorado contenía el aliento, temerosa de las represalias, Beneš seguía embargado por la emoción a pesar de que el resultado del intento de asesinato seguía siendo incierto. De inmediato envió un mensaje de radio a Bartoš, su principal contacto sobre el terreno: «Veo que usted y sus amigos están llenos de determinación. Esto me demuestra que toda la nación checa permanece incombustible en su posición. Le aseguro que está ofreciendo resultados. Los acontecimientos en la patria han tenido un efecto increíble [en Londres] y han proporcionado un gran reconocimiento de la resistencia de la nación checa».⁴² No obstante, en este momento estaba lejos de ser verdad que Heydrich sucumbiría ante sus heridas. El 31 de mayo, Himmler lo visitó en su habitación del hospital de Praga. El estado del paciente mejoraba continuamente y pudieron mantener una breve conversación.⁴³ Sin embargo,

dos días más tarde se declaró una infección en la cavidad estomacal. Si en la Alemania de 1942 se hubiera dispuesto de penicilina, Heydrich habría sobrevivido. Sin ella, su fiebre empeoró y entró en coma, dando lugar en Berlín a renovados temores ante su posible fallecimiento. El 2 de junio, Goebbels reflejaba el agravamiento del estado de Heydrich en su diario y añadía: «¡La pérdida de Heydrich [...] sería desastrosa!».⁴⁴

Una opinión similar prevalecía en Gran Bretaña: «Si Heydrich no sobreviviera al atentado o si quedara inválido durante un tiempo considerable, la pérdida para el régimen nazi sería sin duda apreciable. Puede afirmarse con seguridad que, junto a Himmler, Heydrich es el alma de la maquinaria del terror [...]. La pérdida del «cerebro» tendría consecuencias serias».⁴⁵ El 3 de junio, el estado de Heydrich siguió deteriorándose. Los médicos eran incapaces de combatir su septicemia, aumentaba su temperatura y sufría un gran dolor. A la mañana siguiente, a las nueve, Heydrich sucumbía ante su infección sanguínea. El «verdugo» de Hitler, como lo bautizó Thomas Mann al día siguiente en su famoso comentario en la BBC, había muerto.⁴⁶